

pide el que recibais en la tierra, con las alabanzas de los hombres, una recompensa vana: ¿que teneis vuestros fines particulares, y que solamente haceis esa nueva figura por conseguirlos con mas seguridad? Esta sospecha es mas vergonzosa para el mundo que para vosotros mismos: ¿que afectais ciertas singularidades que os hacen ridículos para con el mundo? Esta censura es de mucho consuelo, porque os da á entender que seguís el camino de los santos, que nunca se parecieron al comun de los hombres y en todos los siglos han sido mirados como hombres singulares. ¿Podrá decir, finalmente, que despues que mudásteis de vida, no sois bueno para cosa alguna? ¡Dios mio! el servirlos, el amarlos, el trabajar para gozaros eternamente, el cumplir con las obligaciones de príncipe, de vasallo, de hombre de república, de padre de familias; el rogar por sus hermanos, edificarlos con sus ejemplos, socorrerlos con sus necesidades, consolarlos en sus penas, seguir los decretos de vuestra santa ley, ¿es esto ser inútil en el mundo? ¿y qué otra cosa son las mas ruidosas empresas de los amadores del mundo, comparadas con la menor obra que sea digna de la eternidad, sino unas diversiones pueriles y una inutilidad deplorable?

Estos son, amados oyentes míos, los discursos tan terribles que os hacen abandonar la empresa de vuestra salvacion; y no quiero preguntaros quiénes son los que hablan de este modo, porque supongo que no son los justos, pues éstos siempre alaban al Señor por las misericordias que ejerce con vuestras almas; tampoco son los mas prudentes entre los mundanos, porque para con éstos la virtud siempre tiene su estimacion y su valor; sino un corto número de entendimientos superficiales ó libertinos, que en lo íntimo de su corazon glorifican á la virtud y no la pueden ne-

gar un secreto respeto, al mismo tiempo que en público se están burlando de ella. Esta es la última reflexion contra el vicio que impugno; este vicio incluye en sí un error injurioso á la virtud, pues formá de ella una idea vergonzosa y despreciable, al mismo tiempo que el mundo la respeta y admira. Esta es la injusticia del respeto humano.

### TERCERA PARTE.

Es verdad que los libros santos no prometen mas que persecuciones á todos los que quieran vivir conformemente á la piedad cristiana, y no permita Dios que yo me oponga aquí al lenguaje de la fe, ni que pretenda quitar á la virtud un carácter tan divino y de tanto consuelo para los justos. Pero no siempre persigue el mundo á los justos, despreciándolos, como dice San Agustín, sino tambien ofreciéndoles atractivos capaces de engañar su inocencia y autorizando los escándalos que pueden hacer titubear su fe, ó que hacen, por lo menos, que gima su piedad; porque hay muchos géneros de persecuciones, y los desprecios y oprobios no son ni la mas peligrosa ni la mas comun.

Y así, católicos, este escollo no es el mas temible para la virtud: este mundo enemigo de Jesucristo, que no conoce á Dios; este mundo que llama bien al mal y mal al bien; este mundo, no obstante ser el que es, aun respeta á la virtud; tiene envidia algunas veces á su felicidad; suele buscar amparo y consuelo en los que siguen el partido de la virtud, y aun la honra públicamente.

Y á la verdad, no es creíble que el error y el desorden hayan de tal modo prevalecido en la tierra, que no haya quedado aún en los hombres algun rastro de rectitud y alguna centella de verdad: aun los mas depravados pecado-

res hallan en sí mismos algunos pensamientos justos y razonables, que no obstante su propia depravacion, los ponen de parte de la virtud y los obligan á que respeten lo que aun no pueden amar. Hay impresos en la frente de los justos no sé qué divinos caracteres, que hacen que no se les puedan negar los secretos respetos; son como un espectáculo de religion que no puede mirarse sin una especie de culto; son el arca del Señor, morada de su gloria, que aun entre los filisteos conserva su terror y majestad.

Cuanto mas esclava de sus pasiones se halla una alma mundana, mas estima en su interior al justo que sabe depreciarlas; pero su propia flaqueza conoce todo el mérito de la virtud; cuanto mas la oprime el amor á los deleites, mejor conoce que nada iguala á la grandeza y valor de una alma que puede resistir á este impetuoso encanto; todas sus caidas la sirven de lecciones que la enseñan á honrar á los justos, y aprende á estimar la piedad por las violencias que conoce es necesario hacerse para vivir segun Dios. De este modo una alma fiel la parece un espectáculo mil veces mas digno de admiracion que todos los que admira el mundo: conoce que la temeridad ó la fortuna puede formar conquistadores; que el nacimiento ó la casualidad da los cetros y las coronas; que los hombres grandes las mas veces son deudores de este nombre á las proporciones de su siglo ó al capricho ó adulaciones de los pueblos; que los honores y dignidades no siempre son fruto de la reputacion y del mérito, y finalmente, que unos buenos talentos, cultivados con el trabajo y la aplicacion, pueden aspirar á los diversos géneros de gloria que da el mundo, y que no hay cosa alguna para la cual no encuentre cada uno dentro de sí mismo las primeras disposiciones; pero que la virtud por sí sola es un mérito que no se le puede disputar al justo.

porque en nuestro interior todo se opone á él, y en lugar de disposiciones solo hallamos en nosotros oposicion y repugnancia; de este modo el mismo vicio nos dirige á honrar la santidad, y las tinieblas dan testimonio á la luz.

Pero no solamente no desprecia el mundo á los siervos de Jesucristo, sino que él mismo los llama felices, envidia su suerte y confiesa que han escogido lo mejor. Católicos, ¿á vosotros os parece que los pecadores, esclavos de sus pasiones, siempre están embriagados con el encanto de los sentidos y de su engañosa felicidad? ¿os parece que siempre les dura la ilusion y que toda su vida es un sueño? Pues os engañais: aun en medio de sus falsos placeres miran al justo con envidia; contraponen la paz de su conciencia á las crueles inquietudes que los sobresaltan: los consuelos que él experimenta en la virtud, á las vivas amarguras que mezcla siempre el mundo con sus pasiones; el descanso y la tranquilidad de su retiro á los continuos movimientos de sus pretensiones y esperanzas. Sus dias llenos de buenas obras y ocupados en la salvacion, á la nada de sus inutilidades y tareas. Este paralelo, que es tan triste para ellos, les hace suspirar en lo interior; conocen toda la miseria de su estado y toda la felicidad de la condicion del justo; ¿pues por qué habeis de temer el parecer siervos de Jesucristo en la presencia de unos pecadores que desearian parecerse á vosotros luego que vosotros dejais de pareceros á ellos?

Acaso tambien miran con desprecio todos los talentos mundanos de que tanto os preciais y por los que os parece que mereceis su estimacion; acaso se burlan de los mismos medios con que os parece que los agradais; acaso la semejanza de sus pasiones minora á su vista el mérito de las vuestras; la envidia os disputa una vana hermosura, la soberbia vuestro nacimiento, la ambicion vuestro valor y

vuestros servicios, la vanidad vuestros talentos y vuestra insuficiencia; pues sed justos, y vereis cómo la piedad no tiene envidiosos. El mundo, como no aspira á esta especie de mérito, no os negará la reputacion, y acaso con ella os concederá las demás alabanzas que ahora os niega injustamente; la piedad granjeará nuevas atenciones á vuestro nacimiento, á vuestros servicios, á vuestros talentos, á las prendas de vuestra persona, y el mundo empezará á estimar en vosotros todas esas vanas excelencias luego que vosotros mismos empeceis á despreciarlas por Jesucristo.

Entonces dirán que es un prodigio en vuestra edad, teniendo, como teneis, todas las cualidades propias para agradar al mundo, un nacimiento ilustre y grandes riquezas, el haber hecho ese sacrificio. No quiero deciros que el mundo tenga razon para ponderaros tanto el mérito de ese desprecio, porque ¡oh Dios mio! aun cuando se ponen á vuestros piés los cetros, las coronas y toda la gloria del mundo, ¿qué es lo que se renuncia mas que unos sueños agradables y unos pesares verdaderos? ¿qué es lo que se os sacrifica que merezca compararse con el tesoro de la justicia con que enriqueceis al alma fiel y con la gloria que adquiere en serviros? Pero el mundo, injusto apreciador de las cosas del cielo, no dejará de admirar y ponderar el valor de ese sacrificio, y en vez de temer sus censuras, gemireis en secreto por la injusticia de sus alabanzas, y vendiendo la gloria del Señor contra los injustos aplausos de los hombres, le direis con un profundo conocimiento de vuestra nada y de su grandeza: ¿Qué he dejado yo por vos, ¡oh Dios mio! en que no me hayais dado ciento por uno?

Pero lo que me parece que aun hace mas honor á la virtud, es que no solamente envidia el mundo la suerte de los justos, sino que regularmente no busca ni halla consuelo

sino en su fidelidad y en su rectitud, y á la verdad, vosotros mismos, amados oyentes míos, en vuestras aflicciones y en aquellas tristes circunstancias en que arruinadas enteramente vuestra fortuna y estimacion, casi no os dejan esperanza de remedio, en que os es insufrible la presencia de los que eran vuestros amigos en los deleites y que acaso tambien os abandonan; ¿en dónde hallásteis consuelo sino en las conversaciones de un amigo santo y fiel? ¿No lloraba éste con vosotros, dice San Agustin? ¿no derramó el aceite sobre vuestras heridas? ¿no sujetó insensiblemente vuestro corazon exasperado á las órdenes de la Providencia? ¿Quién os socorrió en vuestra afliccion? ¿quién fué el depositario de todo vuestro dolor, haciéndose confidente de vuestras penas? ¿No habeis experimentado que solamente los justos saben ser amigos verdaderos, y que solamente ellos son capaces de participar de las desgracias de sus amigos sin indiferencia y de su prosperidad sin envidia?

Sí, católicos, los mundanos siempre buscan á los justos para consolarse de las perfidias del mundo y de los caprichos de la fortuna; con ellos descansan de la molestia de los placeres, del enfado de las sujeciones y cumplimientos, de la agitacion de las esperanzas y proyectos; con ellos respiran aquel aire de candor, de buena fe y de verdad que no se halla en el mundo; depositan en su pecho los mas secretos movimientos de su corazon, los intereses de su fortuna, las ocultas medidas de sus proyectos y los misterios de sus esperanzas; los confiesan que son necias, todas las inquietudes de los hombres y que no debe hacerse caso del mundo. Con los justos no tienen los mundanos aquel temor de declararse que siempre suelen tener con un enemigo, con un competidor ó con un amigo falso; á los justos los manifiestan su corazon, descansan con ellos, excu-

san la fatiga de las cautelas y desconfianzas, y tienen la satisfaccion de declararse sin temor.

De esto provienen los públicos honores que el mismo mundo tributa á la virtud. Todos los dias vemos en él algunas personas de baja suerte, aunque ennoblecidas con los dones de la gracia, granjearse la estimacion y los aplausos que no dan las dignidades ni el nacimiento. Hemos visto muchos siervos de Jesucristo, viles segun el mundo, llegar á ser los árbitros de los príncipes y de los pueblos, y adquirirse únicamente con la fama de su virtud los respetos á que jamás se atrevió á aspirar la vanidad mas excesiva. En otro tiempo vió el Oriente al solitario Antonio, apenas conocido en su patria, llenar todo el universo con la fama de su nombre, y los Césares hacian mas aprecio de recibir una carta de aquel hombre de Dios, que de haber conquistado todo el imperio. Jehú, rey de Israel, en una ceremonia solemne hizo que el santo hombre Jonadab subiese á su carroza, sin que se avergonzase la majestad real de ver á su lado la simplicidad de un profeta. Daniel, siendo uno de los hijos de la cautividad, recibe, no obstante, en el palacio de un rey infiel y en un imperio donde se hallaba cautivo, los honores de la púrpura y el anillo de oro. La corte mas disoluta de Palestina no pudo negar los honores públicos á la austeridad del Bautista, y Herodes sufrió con respeto la santa libertad del precursor antes de caer en la culpa de hacerle mártir. ¡Oh hombre! ¿te avergüenzas de la virtud? Pues sabe que, como dice el Espíritu Santo, sola ella puede hacerte ilustre entre los pueblos, que te honren los sábios y los ancianos, que te atiendan los príncipes, y además de esto hará inmortal tu nombre en la memoria de la posteridad. *Habebo propter hanc claritatem ad turbas, et honorem apud seniores.... et in conspectu*

*potentium admirabilis ero.... et memoriam æternam his qui post me futuri sunt, relinquam.*<sup>1</sup>

Pero tened cuidado de no mezclar con la piedad cosa alguna que provenga de la flaqueza humana; no junteis con la virtud el génio, las pasiones ni las flaquezas de hombre, porque esa es regularmente la causa de que el mundo la censure y se burle de ella. Y sobre todo, si algo debeis temer es el que el mundo tribute todos los elogios de una perfecta penitencia á unos débiles principios de conversion; temed que el mundo os corone antes que hayais peleado legítimamente; temed que el error público sea motivo de que olvideis vuestra miseria, y que á fuerza de oír alabar los débiles principios de vuestra conversion, os olvideis de las culpas que apenas pueden lavarse con una vida entera de lágrimas; en esto sí que hay peligro: temed que la injusta estimacion de los hombres sea para vosotros castigo de Dios, que acaso proporciona esta vana recompensa á algunas virtudes naturales que se hallan en vosotros para castigaros mas cuando venga á juzgar las justicias y la oculta soberbia que las corrompe: hay muchos justos fingidos que reciben de este modo su recompensa en la tierra; en la virtud débil y principiante, cuando es muy aplaudida, hay mucho que temer; suele parecerles que han llegado al fin de la carrera á los que aun no han dado el primer paso, y el mundo, que en otras ocasiones nos ha engañado minorando nuestros vicios á nuestra vista, nos engaña tambien exagerándonos nuestras costumbres.

Para evitar esta desgracia no debeis hacer caso de los hombres; debeis obrar sin mirar mas que á Dios: poned en sus manos los intereses de la virtud; entregaos á él en ór-

<sup>1</sup> Sapien. 8. v. 13.

den á los efectos que debe producir en el mundo vuestra mudanza de vida. Si el Señor permite que vuestra conversión os granjee aplausos y alabanzas, sabrá muy bien daros á conocer, en medio de esas vanas aclamaciones, vuestra nada y vuestra profunda miseria. Pablo, al mismo tiempo que todo un pueblo movido de su virtud le tiene por una divinidad y quiere ofrecerle sacrificios, Pablo recibido de los fieles como un ángel de Dios, Pablo en medio de tanta gloria, siente interiormente el vergonzoso aguijón de Satanás que le humilla; y la mano de Dios que le ensalza, parece que se divierte en abatirle y en imprimir en su corazón su propia flaqueza, temiendo que se desvanezca. Pero si acaso permitiese que vuestra virtud sea burlada y censurada, ¡ah! él sabrá bien recompensaros con interiores consuelos todas las amarguras humanas y mantener su obra contra la opresión y vanos esfuerzos de un mundo profano. Somos despreciados, decía en otro tiempo el apóstol, nos pisan como al cieno, pero no por eso somos abatidos; nos miran como desprecio del mundo, pero nosotros nos regocijamos en las tribulaciones y en los oprobios, porque sentimos en nosotros los inefables consuelos de aquel Señor que nunca deja de consolar á los que padecen por su nombre. Dejad, pues, vuelvo á decir, en manos de su sabiduría las consecuencias de vuestra nueva vida, empezad siempre de nuevo á servirle, romped por último las cadenas cuyo vergonzoso peso no podeis sufrir, sacudid el yugo que os oprime, tened valor para despreciar los juicios de un mundo cuyos placeres habeis ya despreciado, y no hagais á la grandeza de Dios el agravio de temerle menos que al mundo; á vuestro entendimiento, el de hacer caso de los juicios del mundo; y finalmente, á la virtud, la injusticia de creer que siempre es despreciada en el mundo. Y

vos, ¡oh Dios mio! acabad de iluminar á estas almas flacas que empiezan á conoceros; fortaleced su voluntad tímida y cobarde; triunfad nuevamente del mundo en su corazón; enseñadlas que solamente vuestros juicios deben temerse; que el desprecio y las censuras de los hombres no sirven mas que dar nuevo esplendor y añadir nuevo mérito á las acciones que aprueba vuestra sabiduría, y que las obras de piedad, siendo dones vuestros, no pueden tener otra justa recompensa sino á vos mismo. Amen.

